

Como lágrimas en la lluvia



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © Ana Zapico, a partir de fotografía de sto.E/Photocase.com

© Jordi Sierra i Fabra, 2021

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-66-6

Depósito legal: M-446-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

COMO LÁGRIMAS
EN LA LLUVIA

JORDI SIERRA I FABRA

 Siruela

Las Tres Edades

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Desencuentros	13
CAPÍTULO 1 La tumba	15
CAPÍTULO 2 Una canción en el silencio	19
CAPÍTULO 3 Grace	23
CAPÍTULO 4 Rebecca	28
CAPÍTULO 5 Las flores del camino	32
CAPÍTULO 6 Prohibido	38
CAPÍTULO 7 Soledades y silencios	42
CAPÍTULO 8 Sombras en el puente	46
CAPÍTULO 9 Una habitación con vistas	49
CAPÍTULO 10 El artículo	54
CAPÍTULO 11 Lágrimas	61
CAPÍTULO 12 Primeras preguntas	64
CAPÍTULO 13 Un móvil callado	67
CAPÍTULO 14 El viejo <i>sheriff</i>	70
CAPÍTULO 15 Espía en el bosque	76
CAPÍTULO 16 Canciones secretas	80
CAPÍTULO 17 El corto adiós	85

SEGUNDA PARTE

Encuentros	89
CAPÍTULO 18 <i>Saturday Night Live</i>	91
CAPÍTULO 19 La visita	97
CAPÍTULO 20 La petición	105
CAPÍTULO 21 El corazón de la verdad	108
CAPÍTULO 22 Una voz en el silencio	111
CAPÍTULO 23 Canciones de sangre	114
CAPÍTULO 24 Estornudo en la tormenta	119
CAPÍTULO 25 Un extraño en casa	121
CAPÍTULO 26 Confesiones	125
CAPÍTULO 27 Pensamientos y despedidas	131
CAPÍTULO 28 Pasaje nocturno	136
CAPÍTULO 29 Últimas palabras en la noche	141
CAPÍTULO 30 Voces escritas	147
CAPÍTULO 31 Amaneceres sin respuestas	153
CAPÍTULO 32 Una verdad en Nantucket	159

TERCERA PARTE

Conclusiones	165
CAPÍTULO 33 Cantando en el bar de Mo	167
CAPÍTULO 34 Primeros pasos	173
CAPÍTULO 35 Palabras bajo la luna	179
CAPÍTULO 36 El beso perdido	183
CAPÍTULO 37 Vivir en la eternidad de la muerte	188
CAPÍTULO 38 Quemando unas últimas horas	192
CAPÍTULO 39 Verdades	197
CAPÍTULO 40 Decisiones	203
CAPÍTULO 41 Ruidos	206
CAPÍTULO 42 Última llamada	209

CAPÍTULO 43 Negociaciones e intrusos	212
CAPÍTULO 44 Pausa final	217
CAPÍTULO 45 El asalto	219
CAPÍTULO 46 Cita	222
CAPÍTULO 47 El ángel del infierno	224
CAPÍTULO 48 USB	226
CAPÍTULO 49 Y una simple verdad	228
CAPÍTULO 50 Puertas	232
CAPÍTULO 51 Oficina del <i>sheriff</i> , ¿dígame?	234
CAPÍTULO 52 Futuros	236

*Yo he visto cosas que vosotros no creeríais.
Atacar naves en llamas más allá de Orión.
He visto Rayos-C brillar en la oscuridad,
cerca de la puerta de Tannhauser.
Todos estos momentos se perderán en el tiempo,
como lágrimas en la lluvia.
Es hora de morir.*

ROY BATTY/RUTGER HAUER,
Blade Runner, Ridley Scott, 1982

PRIMERA PARTE

Desencuentros

CAPÍTULO 1

La tumba

La tumba volvía a estar llena.

Casi parecía mentira.

Flores, botellas de todo tipo —especialmente de cerveza a medio consumir—, fotografías, pulseras y collares hechos a mano, juguetes, como osos de peluche o pequeñas naves espaciales de *Star Trek* y *Star Wars*, pósteres, un par de cómics...

Cada semana era lo mismo, y cada semana Grace alucinaba.

No tanto por el fanatismo o la devoción de los fans, sino por la clase de objetos que dejaban en la tumba. Por ejemplo, él ya no tomaba alcohol. Por ejemplo, él nunca había llevado pulseras o collares. Por ejemplo, lo de los osos de peluche, que había sido una invención o una de esas frases típicas del estilo: «A mi hija le gustan los osos de peluche». Cuando un famoso soltaba algo así, para los seguidores era como un mandamiento.

Y eso que él nunca había sido famoso.

Al menos en vida.

Grace empezó a recoger todas aquellas cosas.

Llevaba una bolsa para las botellas siempre medio va-

cías y otra para el resto de objetos. Las botellas y latas primero las vaciaba a un lado de la tumba. Era el trabajo más lento y pesado. Con la parte dura acabada, llegaba la fácil. Recogía los regalos, pero sin acritud ni violencia. De hecho lo hacía con mimo. Por lo menos respetaba el fervor de las personas que habían viajado hasta allí, tan lejos seguramente de su casa, para rendirle el último tributo al héroe caído, a la leyenda.

Porque ahora sí era eso: una leyenda.

Lo que más le impactaba eran las fotos.

Sobre todo las de ellas.

Desde chicas jóvenes, de su misma edad, hasta mujeres ya mayores, como su madre. Dos estaban desnudas, una en una posición recatada y otra, más explícita. En la parte posterior de la primera se leía: «Espérame en el paraíso». En la de la segunda, el texto era: «¡Mira lo que te perdiste!».

A veces no sabía si reír o llorar.

Por lo menos, esta vez no había pintadas en la sencilla lápida asentada a ras de suelo, con el nombre y las fechas de nacimiento y muerte. Habían tenido que construir un sarcófago de cemento para introducir en él el ataúd porque al comienzo algún loco o loca había escarbado incluso la tierra. Grace se alegró de no verse obligada a ponerse los guantes de goma y empezar a rascar la pintura o el tipo de tinta, a veces indeleble, que algunos empleaban para dejar sus mensajes, siempre del tipo: «¡Vive!» o «Long Live Rock».

Era un cantautor, un cruce de Dylan, Springsteen, Stephen Stills o Tom Waits en sus respectivas épocas puristas, pero bastaba una guitarra eléctrica para que los rockeros se lo apropiaran.

¿Qué más daba?

Cuando un artista se exponía al público, todo era interpretable.

Él siempre decía: «Yo soy músico, no sé hacer nada más».

Estaba acabando de acomodar en el fondo de la bolsa las naves de juguete cuando apareció él.

No era normal ver a un fan entre semana. Las peregrinaciones solían hacerse en grupo, en manada, de viernes a domingo. Claro que, aunque uno llegara en plan solitario, quedaba automáticamente hermanado con el resto. Todos estaban allí por lo mismo, para rendirle tributo a Leo Calvert. Los viernes y los sábados por la noche era normal que alrededor de la tumba se organizaran fiestas, se cantaran sus canciones y se bebiera hasta quedarse dormidos. También se había hecho amargamente popular hacer el amor sobre la tumba, como ofrenda o como si el espíritu del muerto pudiera bendecirles.

En aquellos años, ¿cuántos hijos se habrían engendrado así, allí mismo?

Grace prefería no pensarlo.

Salvo que electrificaran la tumba, o la vallaran, o... ¿o qué?

El *aparecido* y ella se quedaron mirando.

Era alto, quizá un poco desgarrado, o tal vez fuera por la mochila que cargaba sobre el hombro derecho y la guitarra que colgaba del izquierdo. Llevaba su cabello negro revuelto, un poco caído sobre la frente, y tenía unos ojos claros y limpios. Vestía de manera informal: zapatillas deportivas, vaqueros gastados y una camisa roja arremangada. Pese a todo no parecía un vagabundo ni un sucedáneo de *hippy* renacido del pasado. Iba limpio. Incluso se diría que cuidado. Le calculó veintiuno o

veintidós años, quizá veintitrés. De no haber sido por su seriedad, su cara habría resultado agradable.

Grace lo esperaba todo menos aquello:

—¿Qué haces? —le espetó el chico.

Ella se quedó quieta.

—¿Perdón? —dijo.

—¿Estás robando las cosas? —continuó él—. ¡Joder!, ¿no te da vergüenza?

La parálisis provocada por el desconcierto duró menos de tres segundos. Le lanzó una última mirada, mitad agotada, mitad resignada, y acabó de meter los últimos juguetes en la bolsa. Quedaba tan solo el cómic de los mutantes de X-Men.

—¡Oye, te estoy hablando! —gritó el joven.

Grace no le hizo caso.

Ni se lo hubiera hecho de no ser porque él dio un par de pasos hacia ella, tal vez para sujetarla, tal vez para detenerla.

Entonces sí, se volvió.

Lo fulminó con la mirada.

—Como te acerques te hago una cara nueva —le previno.

—¡Pues deja eso donde estaba!

Entonces ya sí, se lo dijo:

—¡Es mi padre, idiota! ¡Limpio la tumba para que no se amontone la mierda que tarados como tú dejáis en ella cada semana! ¿De acuerdo?

Luego se dio media vuelta, cargó los dos sacos y echó a andar sin volver la vista atrás.

El silencio de la tarde habría sido agradable de no ser porque ahora estaba furiosa.